DOI: 10.15446/djf.n19.76694

El odio y el dualismo pulsional freudiano

(cc) BY – NC – ND

Sylvia De Castro Korgi*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

El odio y el dualismo pulsional freudiano

El artículo presenta las líneas conceptuales de base en relación con las cuales se sitúa el odio en la teorización freudiana. En el punto de partida diferencia una modalidad familiar del odio, aquella que puede identificarse justamente en "La novela familiar del neurótico", de otra modalidad *Unheimlich*, aquella del odio primordial, cuyo escenario propio es la experiencia del viviente con el Otro prehistórico. Luego, sobre el telón de fondo de las dos teorías pulsionales freudianas, intenta situar el odio en sus relaciones con el principio del placer y con su más allá, para culminar en una referencia al odio y al malestar en la cultura.

Palabras clave: novela familiar, experiencia de satisfacción, dualismo pulsional, malestar en la cultura, amor-odio.

Hatred and Freudian Drive Dualism

The article presents the conceptual baselines that serve to situate hate within Freudian theorization. First, it makes a distinction between the family modality of hate, that which can be identified in "the neurotic's family romance", and the modality of the *Unheimlich*, that of primordial hate, whose setting is the experience of the living being with the prehistoric Other. Subsequently, against the backdrop of Freud's two theories of drive, the paper attempts to frame hatred in its relations with the pleasure principle and with its beyond, and concludes with a reference to hatred and civilization's discontents.

Keywords: family romance, experience of satisfaction, drive dualism, civilization and its discontents, love-hate.

La haine et le dualisme pulsionnel freudien

L'article présente les lignes conceptuelles de base par rapport auxquelles la haine est située dans la théorisation freudienne. Il différencie au début une modalité familiale de la haine qu'on peut identifier avec le roman familial du névrosé, de celle *Unheimlich* qui correspond à la haine principielle, dont le propre scénario en est l'expérience du vivant avec l'Autre de la préhistoire. Après, sur fond des deux théories pulsionnelles, il essai de placer la haine dans ses rapports au principe de plaisir et son au-delà, pour aboutir sur une référence à la haine et au malaise dans la civilisation.

Mots clés: roman familial, expérience de satisfaction, dualisme pulsionnel, malaise dans la civilisation, amour-haine.

CÓMO CITAR: De Castro Korgi, Sylvia. "El odio y el dualismo pulsional freudiano". *Desde el Jardín de Freud* 19 (2019): 47-56, doi: 10.15446/djf.n19.76694

* *e-mail:* msdecastrok@unal.edu.co

© Obra plástica: Jim Amaral

ARTÍCULO DE REFLEXIÓN | FECHA DE RECEPCIÓN: 31/05/2018. FECHA DE ACEPTACIÓN: 14/07/2018.

"El odio está en la base de todo *parlêtre* por el hecho de existir".

Jacques Lacan

Introducción

Quizás no sea apresurado afirmar que "La novela familiar del neurótico" es una vía privilegiada para acordarle al odio el lugar imprescindible que tiene en la economía psíquica freudiana, que nada tiene de extraordinario, al contrario, pues se manifiesta en el contexto de las más corrientes relaciones humanas. No se trata, pues, en este caso, del odio indiferenciado que signa la experiencia originaria del sujeto en relación con la fuente de displacer, aquella que inaugura la operación de la expulsión primordial, contrapartida de la admisión del orden simbólico, sino del odio como afecto "cotidiano", que es para Freud un hecho clínico fundamental.

En términos del odio hay, pues, en Freud una doble dimensión, según se lo considere en el plano del afecto que acompaña las manifestaciones de la estructura clínica en juego y que requiere de la hipótesis del inconsciente y de la represión (o de lo que haga sus veces en la perversión y la psicosis), o en referencia a los procesos más primitivos de la estructuración subjetiva. En este segundo caso se trata de un odio primordial cuyo escenario propio, originario, es la experiencia del viviente con el Otro prehistórico que tiene a su cargo la humanización, ese Otro al que Freud designó como la Cosa (*das Ding*), allí donde se plantea la cuestión del advenimiento del sujeto[1].

Ese odio primordial, inscrito en lo más profundo de la estructura subjetiva, está asociado al displacer del yo narcisista con ocasión de la perturbación de su equilibrio, en esa primerísima experiencia de *in-satisfacción* que el Otro viene a resolver. Por eso mismo el odio es, como señala Freud, un modo de relación con el Otro más antiguo que el amor. El amor, por su parte, encuentra su fuente en las pulsiones parciales que aportan el placer de órgano, es decir que en un principio es narcisista y solo secundariamente se articula con las pulsiones parciales sexuales constituyendo esa alianza que Freud denomina los preliminares del amor[2].

1. Sigmund Freud, "Proyecto de psicología" (1950 [1895]), en *Obras completas*, vol. I (Buenos Aires: Amorrortu, 1992). Cfr. Thérèse Charrier, "Á cause du soleil, j'haine ou?", *Psychanalyse* 33 (2015): 7-18.

2. Diana Rabinovich, *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica* (Buenos Aires: Manantial, 2003), 27.

En relación con el odio, en términos de la primera de las dos dimensiones señaladas previamente, la *familiar* y esa otra que podemos designar justamente con el término de *Unmheilich*, la novela familiar informa acerca del entramado de "relaciones afectivas" que se establecen entre padres e hijos y, en relación con lo que nos ocupa, advierte acerca de la crítica hostil que a partir de cierto momento el padre le merece al hijo, crítica en buena medida sostenida en las mociones propias de la rivalidad sexual. Freud sentencia: "El paño donde se cortan tales ocasiones es evidentemente el sentimiento de ser relegado"[3].

Así las cosas, el sostén de la novela familiar es este rechazo imaginario e imaginado en la situación normal, siempre referido a la frustración introducida por el padre, quien separa al hijo de la madre (complejo de Edipo) y, aún, a la presencia de un hermano o hermana menor (complejo fraterno), que inaugura la experiencia de los celos. En respuesta, el aludido paño alcanza para fabricar la fantasía infantil según la cual el hijo es adoptivo, cuando no bastardo, y añade el combustible que nutre la hostilidad hacia los padres, hostilidad diferenciada ya, a esta altura, de acuerdo con el sexo: del hijo al padre, de la hija a la madre.

Sobre este suelo se edifica la novela familiar de los neuróticos, esa invención mediante la cual el niño sustituye a sus verdaderos padres por otros más acordes con sus aspiraciones imaginarias, de la misma manera como, no casualmente, se construyen los cuentos de hadas[4]. Enseguida, el encuentro del niño con la diferencia sexual obliga en este terreno a "una curiosa limitación": una vez que la descendencia de la madre se reconoce inmodificable, el padre, en cambio, puede ser sustituido por otro, no cualquiera: un padre ideal. Este segundo estadio de la novela se soporta en un motivo que previamente estuvo ausente: el saber del niño sobre la diferente condición sexual de los padres, que ahora le permite inventarle a la madre tantos enredos amorosos como rivales se le presenten a él.

Pero las cosas no se detienen en ese punto en la novela familiar y, en cambio, la misma elevación del padre promovida por el hijo estimula la rivalidad con él y le impone a la relación el tono afectivo que, en relación con esta dimensión *familiar* del odio, queremos destacar: se trata del odio al padre[5]. Freud considera en un primer momento que este odio al padre se transforma en un componente sádico[6], luego hará de Eros y Tánatos dos pulsiones diferentes[7].

Ahora bien, las coordenadas con respecto a las cuales aparece esta dimensión aquí destacada del odio son las de la sexualidad infantil y de lo que esta implica en la vida de relación: la rivalidad, la ambivalencia y los celos edípicos, y quizás por ello el odio se reduce o, más bien, acompaña a una cierta intención hostil, efecto, por lo demás, de la necesaria dependencia de los padres y de su acción de transmisión de

3. Sigmund Freud, "La novela familiar de los neuróticos" (1909 [1908]), en *Obras completas*, vol. IX (Buenos Aires: Amorrortu, 1992), 217.
4. Cfr. Dorothy Bloch, *"Para que la bruja no me coma". Fantasía y miedo de los niños al infanticidio* (Madrid: Siglo XXI, 1998).
5. Sigmund Freud, "Sesión del 10 de abril 1907", en *Las reuniones de los miércoles. Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena*, t. I (Buenos Aires: Nueva Visión, 1980).
6. Ibíd.
7. Cfr. Pierre Bruno, *Le père et ses noms* (Toulouse: Érès, 2012).

la norma en el horizonte de la Ley. Por lo demás, ya con respecto a esta hostilidad podríamos anticipadamente hacer intervenir el orden narcisista de lo humano pues, necesariamente, lo hostil es aquello que atenta contra el amor del yo.

Del odio y la pulsión parcial

Es en el contexto de la primera tópica psíquica, en el que se despliega la teoría pulsional freudiana que opone entre sí las pulsiones sexuales y las funciones de conservación de la vida, donde se inscriben en principio los fenómenos que podríamos vincular con la hostilidad y las expresiones de odio.

Ya en "Tres ensayos de teoría sexual", al momento de discernir los asuntos de la vida sexual del niño, Freud advierte que la actividad sexual se expresa de manera organizada en función del predominio de zonas erógenas no genitales. De estas zonas erógenas llama la atención, para nuestro propósito, el calificativo que Freud utiliza para identificarlas: la zona oral es *canibalística*, su meta es la incorporación; la zona anal es *sádica*, presenta dos modalidades, una pasiva y otra activa, producida esta última por la pulsión de *apoderamiento*.

Ahora bien, aun si a Freud se le presenta de manera innegable el predominio del autoerotismo, no por ello deja de constatar en la sexualidad infantil la presencia de componentes que implican la presencia del otro como objeto. Se trata en este caso del placer de ver y de la *crueldad*. Esta última, cuya procedencia sería también la pulsión de apoderamiento, sugiere la ausencia de la barrera de la compasión, que podría atenuarla y, más aún, el peligro de un enlace con las pulsiones erógenas, lo que anticipa el sadismo. Por su parte, el masoquismo, la pulsión pasiva a la crueldad, como dice Freud, queda directamente vinculada con las prácticas corrientes del castigo corporal, referencia en absoluto secundaria dado que sitúa la dimensión corporal en juego en los asuntos de los que nos ocupamos. En todo caso, según Freud, las dimensiones propias de la sexualidad y de la hostilidad y su cohorte de fenómenos solo secundariamente establecen alianzas entre sí[8].

En "Pulsiones y destinos de pulsión" Freud se ocupa del asunto en relación con aquellos procesos cuyo estudio se le impone una vez que la indagación lo conduce a "los motivos {las fuerzas} contrarrestantes de una prosecución directa de las pulsiones"[9]. De entrada, pues, señala el carácter de 'defensa' que estos destinos operarían contra las pulsiones de *extraña naturaleza*. Se trata, en efecto, de los pares pulsionales constituidos por el sadismo-masoquismo y el voyerismo-exhibicionismo, los cuales revelan su excepción en el conjunto de las pulsiones parciales dado que su construcción ocurre al margen del apoyo en la necesidad. Como sabemos, Freud

8. Este no es un asunto banal, tanto menos si da lugar a interpretaciones, tan absurdas como interesadas, del tipo del *affaire* Masson. Cfr. Jeffrey M. Masson, *Le réel escamoté* (París: Aubier-Montaigne, 1984). Para una aproximación al asunto, ver: Élisabeth Roudinesco, *Para qué el psicoanálisis* (Buenos Aires: Paidós, 1999).

9. Sigmund Freud, "Pulsiones y destinos de pulsión" (1915), en *Obras completas*, vol. XIV (Buenos Aires: Amorrortu, 1980), 122.

condiciona la posibilidad misma de la pulsión a la pérdida del objeto de la necesidad; justamente los pares pulsionales mencionados escapan a esa condición.

En el caso del sadismo, la defensa no elimina la pulsión, la *transforma en lo contrario*, bien bajo la forma de una vuelta de la actividad a la pasividad (transformación activo-pasivo), bien a nivel de un trastorno en relación con el contenido (amor-odio). De una parte, entonces, reemplaza la meta activa —martirizar— por la correspondiente pasiva —ser martirizado—. Es lo que constituye el par sadismo-masoquismo**.** De otra parte, efectúa la *mudanza de amor en odio*.

Así las cosas, a esa modalidad de defensa que es la transformación en lo contrario se suma la vuelta contra la propia persona, cuyo caso patente, para lo que nos ocupa, es el masoquismo como resultante del sadismo vuelto sobre el yo, lo que también puede leerse en términos de *la trasformación del odio contra el objeto en odio contra el propio sujeto*.

Entonces, la pregunta se impone: ¿cómo diferenciar el sadismo del odio para darles a cada uno el lugar que les corresponde? Aún si *el odio es un efecto de la trasformación en lo contrario del amor*, según un proceso que participa al mismo título que el componente sádico de la pulsión, Freud se esfuerza por establecer las diferencias: "[…] nos percatamos de que las actitudes de amor y de odio no pueden ser utilizadas para las relaciones de las pulsiones con sus objetos, sino que están reservadas para las relaciones del yo total con los objetos"[10].

El amor, entonces, como el odio, implica la relación del yo con su semejante, es decir que *amor y odio son significaciones que comprometen al yo*, mientras que sadismo-masoquismo pertenece al lenguaje de las pulsiones. Aun así, una oscilación es posible entre una cosa y otra, si nos atenemos a la formulación freudiana según la cual la polaridad amor-odio reproduce la polaridad placer-displacer. El amor no es ajeno al placer sexual, y no solo no es ajeno, sino que, una vez en juego, "se establece una tendencia motriz que quiere acercarlo [al objeto] al yo, incorporarlo" y, "a la inversa, cuando el objeto es fuente de sensaciones de displacer, una tendencia se afana en aumentar la distancia"[11], cuando no en agredirlo con el propósito de aniquilarlo.

Por lo demás, esta formulación está inscrita en la polaridad pulsional que dirige en el momento la elaboración freudiana: el principio del placer-displacer. Nada le permite a Freud suponer que amor y odio constituyan una unidad primera que por alguna razón pudiera dividirse posteriormente… En esta polaridad, las cosas del amor están ligadas al placer, mientras que las que corresponden al odio lo están al displacer. El odio es un efecto de la transformación en lo contrario del amor que, en su articulación con la pulsión, remite al par pulsional sadismo-masoquismo. De nuevo, entonces, como en la época de la novela familiar, el odio queda situado en relación con el sadismo.

10. Ibíd., 132.

11. Ibíd., 131.

Freud resume su recorrido al respecto hasta el momento de la siguiente manera:

> El odio es, como relación con el objeto, más antiguo que el amor: brota de la repulsa primordial que el yo narcisista opone en el comienzo al mundo exterior prodigador de estímulos. Como exteriorización de la reacción displacentera provocada por objetos, mantiene siempre un estrecho vínculo con las pulsiones de la conservación del yo, de suerte que pulsiones yoicas y pulsiones sexuales con facilidad pueden entrar en una oposición que repite la oposición entre odiar y amar. Cuando las pulsiones yoicas gobiernan a la función sexual como sucede en la etapa de la organización sádico-anal, prestan también a la meta pulsional los caracteres del odio.[12]

En este orden de consideraciones, lo que resulta en displacer es odiado, y el odio puede, a su vez, convertirse en tendencia agresiva contra la fuente de la que resulta lo displacentero. Es por eso que Freud puede, finalmente, afirmar que "el yo odia, aborrece y persigue con propósitos destructores a todos los objetos que llega a suponer una fuente de sensaciones de displacer constituyendo una privación de la satisfacción sexual o de la satisfacción de las necesidades de conservación"[13]. El telón de fondo de esta formulación es aun, sin duda, el dualismo placer-displacer.

Del odio y la pulsión de muerte

Desde las indicaciones relativas al odio al competidor por el amor de la madre en el Edipo, hasta las articulaciones más precisas que Freud puede proponer sobre el odio a la altura de la primera tópica, una misma orientación se acentúa. Mientras que las coordenadas en relación con las cuales aparece la dimensión hasta aquí destacada del odio sean las de la sexualidad infantil —y de lo que viene con ella, la rivalidad, la ambivalencia y los celos edípicos—, el odio acompaña a una cierta intención hostil, efecto, por lo demás, de la necesaria dependencia del niño con respecto a los padres y de su acción de transmisión de la norma en el horizonte de la Ley[14].

Entonces, en el contexto del principio del placer-displacer el odio se aproxima al sadismo, en razón de lo cual los asuntos relativos a la sexualidad se prestan para establecer entre los dos órdenes de la experiencia una familiaridad destacada. En conclusión, hostilidad, odio y sadismo se articulan necesariamente, por mucho que cada uno de estos elementos pueda iluminar un ámbito particular de la experiencia.

A la altura de la segunda tópica, la articulación mencionada entre el odio y el sadismo se modifica, una vez que Eros y Tánatos adquieren la dimensión de dos pulsiones diferentes. Freud lo advierte en ese texto decisivo en relación con estos asuntos, "Más allá del principio del placer", y lo destaca como un elemento nada desdeñable de

12. Ibíd., 133.

13. Ibíd.

14. Cfr. Héctor Gallo, "De la agresividad a la pulsión de muerte", en *Agresividad y pulsión de muerte* (Medellín: Fundación Freudiana de Medellín, 1991).

su teorización, es decir, como tratándose de una cuestión definitiva para la nueva concepción de las pulsiones. En ese orden de ideas, recuerda que desde "Tres ensayos de teoría sexual" ya reconocía la posibilidad de la *autonomía del componente sádico de la pulsión*, en relación con lo cual advertía que el sadismo tiene la aptitud para gobernar la aspiración sexual íntegra del sujeto, a tal punto que podía considerarse la pulsión dominante en la organización pregenital correspondiente[15].

Ahora, la formulación del segundo dualismo pulsional le exige responder cómo podría derivar del Eros, conservador de la vida, la pulsión sádica que apunta a dañar al objeto. La pregunta se le impone aún si ya hubiese podido identificar el sadismo pulsional como un componente de la pulsión sexual capaz de volverse autónomo y de dirigir la aspiración sexual íntegra de un sujeto, lo que es un caso de perversión. Entonces, la pregunta se le impone más allá…

De hecho, en lo que sigue, Freud formula un cuestionamiento cuya indagación lo conduce al más allá del principio del placer: "¿No cabe suponer que ese sadismo es en verdad *una pulsión de muerte apartada del yo* por el esfuerzo y la influencia de la libido narcisista, de modo que sale a la luz solo en el objeto?"[16]. Más propiamente, el sadismo es un representante de la pulsión de muerte que busca reconducir lo vivo a lo inerte, mientras que Eros apremia para su conservación. La mezcla de las dos clases de pulsiones es una garantía del predominio de la vida puesto que, así las cosas, las mociones destructivas quedan neutralizadas. En este punto, y dada la dificultad para dar cuenta del distingo entre las dos clases de pulsiones, que difícilmente se soporta en un análisis clínico, Freud encuentra que la polaridad amor-odio se presta bien para sustituir la difícilmente creíble oposición pulsional propuesta. Es que Eros resulta de algún modo asequible a nuestro pensar, en cambio, la pulsión de muerte requiere de un subrogado, en este caso la pulsión de destrucción, "*a la que el odio marca el camino*"[17].

Y Freud presenta las cosas así:

> […] la experiencia clínica nos enseña que el odio no sólo es, con inesperada regularidad, el acompañante del amor (ambivalencia), no solo es hartas veces su precursor en los vínculos entre los seres humanos, sino también que, en las más diversas circunstancias, el odio se muda en el amor y el amor en odio. Si esta mudanza no es algo más que una mera sucesión en el tiempo, vale decir, un relevo, entonces evidentemente carece de sustento un distingo tan radical como el que media entre pulsiones eróticas y pulsiones de muerte.[18]

Solo que las cosas se disponen de otro modo, no como una simple sucesión, y Freud encuentra la primera ilustración de una mudanza de amor en odio en la paranoia persecutoria en la que, como resultado de la defensa frente a un vínculo

15. Cfr. Sigmund Freud, "Tres ensayos de teoría sexual" (1905), en *Obras completas*, vol. VII (Buenos Aires: Amorrortu, 1992), 157.

16. Sigmund Freud, "Más allá del principio del placer" (1920), en *Obras completas*, vol. XVIII (Buenos Aires: Amorrortu, 1992), 52.

17. Sigmund Freud, "El yo y el ello" (1923), en *Obras completas*, vol. XIX (Buenos Aires: Amorrortu, 1992), 43.

18. Ibíd., 44.

homosexual, la persona amada se convierte en el perseguidor a quien el paranoico dirige la agresión. "Tenemos derecho a afirmar, por interpolación", continúa Freud, "que en una fase anterior *el amor se había traspuesto en odio*"[19]. La paranoia revela, entonces, un mecanismo según el cual un desplazamiento de la investidura sustrae el peso a la moción erótica para ponerlo a la cuenta de la moción hostil.

Todavía Freud propone como prueba de su hipótesis lo que ocurre en la homosexualidad e, incluso, en vínculos amorosos desexualizados, en los cuales, tras la resolución de intensos sentimientos de rivalidad que llegan hasta la agresión, el objeto antes odiado es en adelante objeto de amor, cuando no de identificación.

El contexto de esta compleja indagación es, evidentemente, la hipótesis de la existencia de una pulsión de muerte —lo cual, como sabemos, no ocurre para Freud sin la confesión de su propia perplejidad—. La clínica del masoquismo, al que previamente había identificado como una reversión del sadismo hacia el propio yo, un retroceso, una regresión, le aporta la indicación. Y bien, no obstante su perplejidad, una conclusión mayor es el resultado de esa indagación: "podría haber también un masoquismo primario, cosa que […] quise poner en entredicho"[20].

Ahora bien, el masoquismo primario es un nombre para la parálisis del principio del placer cuya mejor formulación, sin duda, es la siguiente: "*Si dolor y displacer pueden dejar de ser advertencias para constituirse, ellos mismos, en metas*, el principio de placer queda paralizado, y el guardián de nuestra vida anímica, por así decir, narcotizado"[21]. Sin duda, la constatación clínica del masoquismo primario condujo a Freud por la senda del *más allá*. Si pensó en designar este más allá mediante la oposición amor-odio, quizás no fue solo para hacer sus tesis más accesibles. En todo caso, con dicha oposición se hace explícito que la procedencia del amor y del odio exige la polaridad pulsional. Freud considera que el odio es un modo de relación con el objeto "más antigua aún que el amor"[22], un modo de relación por derecho propio que, en efecto, exige la distinción entre los dos tipos de pulsiones.

El odio y el malestar en la cultura

En el capítulo VI de ese texto imprescindible, Freud se refiere al reconocimiento de una pulsión de agresión, autónoma, y a las implicaciones de ese reconocimiento para la teoría de las pulsiones. Traza allí la historia de su hallazgo, traducido en términos de pulsión de muerte o de destrucción, y advierte que si bien el sadismo y el masoquismo le habían puesto de presente las exteriorizaciones de dicha pulsión, dirigidas tanto hacia adentro como hacia afuera y con una fuerte carga de erotismo —exteriorizaciones "a las que el odio marca el camino"—, es hora de atender a "la ubicuidad de la agresión

19. Ibíd.

20. Ibíd., 53.

21. Sigmund Freud, "El problema económico del masoquismo" (1924), en *Obras completas*, vol. XIX (Buenos Aires: Amorrortu, 1992), 16.

22. Freud, "Pulsiones y destinos de pulsión".

y destrucción no eróticas, y asignarle la posición que se merece en la interpretación de la vida"[23].

Se trata en efecto, de "la inclinación innata del ser humano al mal, a la agresión, a la destrucción y, con ellas también, a la crueldad"[24], manifestaciones a las que por derecho propio podemos agregar el odio si nos atenemos al hecho de que el verdadero odio, el originario, está inscrito en lo más profundo de la estructura subjetiva, se origina y se aloja en el complejo del *Nebenmensch*, por naturaleza extranjero, fuente del primer objeto del deseo y del primer objeto hostil que convergen, como lo piensa Freud, en ese único Otro, el "único poder que ayudaba"[25], la Cosa, *das Ding*, "habitada por una intolerable crueldad"[26].

Así las cosas, "el *Ding* como *Fremde*, extranjero e incluso hostil a veces, en todo caso como el primer exterior, es aquello en torno a lo cual se organiza todo el andar del sujeto"[27]. De este modo, el odio está desde el origen, estrechamente asociado al goce de la Cosa, extranjera e íntima a la vez.

Es aquí donde la elaboración de Freud vuelve a su punto de partida. Es también aquí donde el odio queda inextricablemente enredado con la cuestión del mal, del mal absoluto, con una hostilidad de base y, de paso, con la cuestión del goce, del que no atinamos a decir si se trata del bien o del mal.

Bibliografía

Bloch, Dorothy. *"Para que la bruja no me coma". Fantasía y miedo de los niños al infanticidio*. Madrid: Siglo XXI, 1998.

Bruno, Pierre. *Le père et ses noms*. Toulouse: Érès, 2012.

Charrier, Thérèse. "Á cause du soleil, j'haine ou?", *Psychanalyse* 33 (2015): 7-18.

Freud, Sigmund. "Proyecto de psicología" (1950 [1895]). En *Obras completas*. Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.

Freud, Sigmund. "Tres ensayos de teoría sexual" (1905). En *Obras completas*. Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.

Freud, Sigmund. "La novela familiar de los neuróticos" (1909 [1908]). En *Obras completas*. Vol. IX. Buenos Aires: Amorrortu, 1980.

Freud, Sigmund. "Pulsiones y destinos de pulsión" (1915). En *Obras completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1980.

Freud, Sigmund. "Más allá del principio del placer" (1920). En *Obras completas*. Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.

Freud, Sigmund. "El yo y el ello" (1923). En *Obras completas*. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.

Freud, Sigmund. "El problema económico del masoquismo" (1924). En *Obras completas*. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.

Freud, Sigmund. "El malestar en la cultura" (1930 [1929]). En *Obras completas*. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.

Freud, Sigmund. "Sesión del 10 de abril 1907". En *Las reuniones de los miércoles. Actas*

23. Sigmund Freud, "El malestar en la cultura" (1930 [1929]), en *Obras completas*, vol. XXI (Buenos Aires: Amorrortu, 1992), 116.

24. Ibíd.

25. Freud, "Proyecto de psicología", 364.

26. Thérèse Charrier, "Á cause du soleil, j'haine ou ?", *Psychanalyse* 33 (2015): 10.

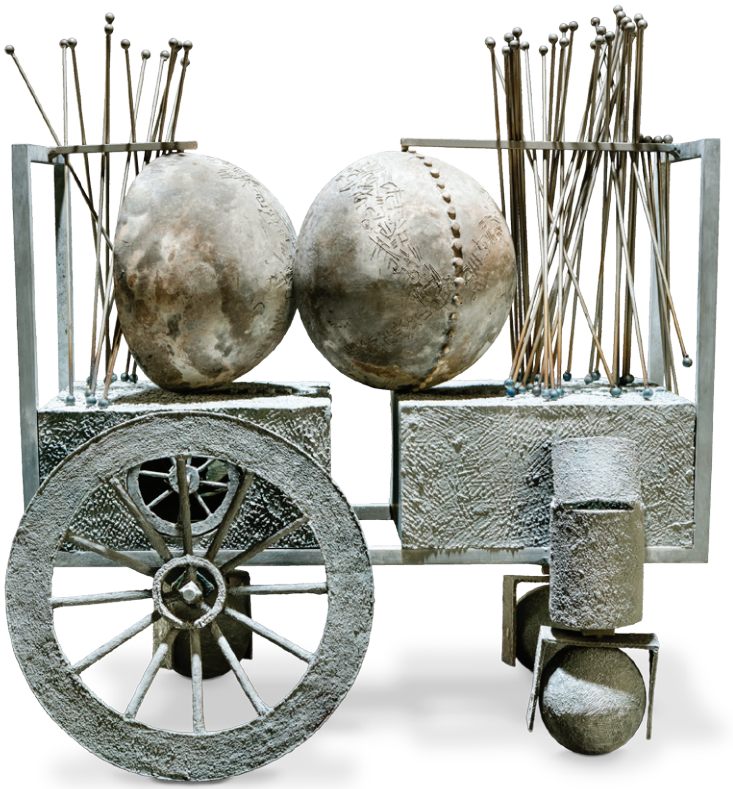
27. Jacques Lacan, *El Seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis* (1959-1960) (Buenos Aires: Paidós, 1990), 68.

de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. T. I. Buenos Aires: Nueva Visión, 1980.

Gallo, Héctor. "De la agresividad a la pulsión de muerte". En *Agresividad y pulsión de muerte*. Medellín: Fundación Freudiana de Medellín, 1991.

Lacan, Jacques. *El Seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis* (1959-1960). Buenos Aires: Paidós, 1990.

Masson, Jeffrey M. *Le réel escamoté*. París: Aubier-Montaigne, 1984.

Rabinovich, Diana. *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica*. Buenos Aires: Manantial, 2003.

Roudinesco, Élisabeth. *Para qué el psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1999.